



IV.

**U**NA mañana del mes de Diciembre, al dirigirse á la clase de Procedimientos, creyó observar en la calle de Santiago mayor animación de la ordinaria. Los estudiantes salían precipitadamente de los cafés, ó se llamaban por las ventanas abiertas, de unas á otras casas; los tenderos, en medio de las aceras, miraban con aire inquieto; los postigos se cerraban, y cuando llegó á la calle de Soufflot, vió una gran reunión al rededor del Pantheon.

Algunos jóvenes por bandas desiguales de cinco á doce, se paseaban dándose el brazo, y se juntaban con los grupos más numerosos pa-



rados acá y allá; en el fondo de la plaza, contra las rejas, paseaban hombres de blusa, mientras el tricornio ladeado sobre la oreja y las manos á la espalda, los municipales andaban arrimados á las paredes haciendo sonar en las baldosas sus gruesas botas. Todos tenían el aire misterioso, aturdido; algo se esperaba evidentemente; cada cual contenía en la punta de la lengua una interrogación.

Federico se hallaba cerca de un joven rubio, de fisonomía agradable, que llevaba bigote y perilla como un petimetre de tiempos de Luis XIII, al cual preguntó la causa del desorden.

—No sé nada—contestó el otro—ni ellos tampoco. Esta es su moda presente. ¡Qué frase tan excelente!—Y soltó la risa.

Las peticiones para la reforma, que se hacían firmar á la guardia nacional, junta mente con el empadronamiento humano, otros sucesos más, producían en Paris, desde hacía seis meses, inexplicables tumultos y hasta se renovaban con tanta frecuencia que los periódicos ya no hablaban de ellos.

—Esto carece de garbo y color—añadió el vecino de Federico.—Yo pienso señor, que hemos degenerado. En la época de Luis onceno, habla Benjamin Constant, había más espíritu levantisco entre los escolares. Los encuentros pacíficos como carneros, bestias como pepinos,

é idóneos para ser horteras ¡vive Dios! Y esto es lo que llaman la juventud de las escuelas.

Y abrió los brazos como Federico Lemaitre en *Robert Macaire*.

—¡Juventud de las escuelas, yo te bendigo!

A seguida apostrofó á un andrajoso que trasteaba con unas conchas de ostras en el guardacantón de una taberna:

—¿Formas tú parte de la juventud de las escuelas?

El viejo alzó su cara deforme en que se distinguía, entre una barba gris, una nariz roja y dos ojos avinados estúpidos.

—No. Tú me pareces más bien «uno de esos hombres de fisonomía patibularia que se ven en diversos grupos, sembrando el oro á manos llenas»... Siembra, patriarca, siembra. ¡Corrómpeme con los tesoros de Albión *Are you English?* (¿Es usted inglés?) Yo no rechazo los regalos de Artajerjes. Hablemos un poco de la unión aduanera.

Federico sintió que alguno le tocaba en el hombro, y se volvió. Era Martinon prodigiosamente pálido.

—Y bien—dijo lanzando un gran suspiro— ¡un motín más!

Temía verse comprometido, y se lamentaba. Los hombres de blusa, sobre todo, le inquietaban, como pertenecientes á sociedades secretas.



—¿Es que hay sociedades secretas?—dijo el joven de los bigotes.—Esa es una historia antigua del Gobierno, para asustar á los burgueses.

Martinon le rogó que hablara más bajo, por temor á la policía.

—¿Cree Vd. aún en la policía? Despues de todo ¿qué sabe Vd., caballero, si no soy yo mismo un polizonte?

Y le miró de tal manera, que Martinon, muy conmovido, no comprendió la broma en un principio. La gente les empujaba, y se habían visto obligados los tres á subir la escalerilla que por un corredor conduce al nuevo anfiteatro.

Muy pronto la misma muchedumbre se abrió, muchas cabezas se descubrían; saludaban al ilustre profesor Samuel Rondelot, que envuelto en un grueso levitón, levantando al aire sus gafas de plata y soplando por su asma, avanzaba con paso tranquilo, para dar su lección. Aquel hombre era una de las glorias jurídicas del siglo XIX, el rival de los Zachariae, de los Ruhdorff. Su reciente dignidad de par de Francia en nada había modificado sus maneras. Se sabía que era pobre y un gran respeto le rodeaba. A todo esto, desde el fondo de la plaza, algunos gritaron:

—¡Abajo Guizot! ¡Abajo Pritchard! ¡Abajo los vendidos! ¡Abajo Luis Felipe!

La muchedumbre osciló, y estrechándose contra la puerta del patio, que estaba cerrada, impedía que el profesor avanzara. Detívose delante de la escalera; pronto se le vió en el último de los tres escalones. Habló; un murmullo cubrió su voz. Aunque hasta entonces le amaran, en aquel momento se le aborrecía porque representaba la autoridad. Cada vez que intentaba hacerse oír, empezaban los gritos. Hizo un gesto acentuado para invitar á los estudiantes á que le siguieran; una vociferación universal le contestó.

Se encogió de hombros desdeñosamente y penetró en el corredor. Martinon se aprovechó del sitio para desaparecer al mismo tiempo.

—¡Qué cobardel!—dijo Federico.

—Es prudente—contestó el otro.

La muchedumbre rompió en aplausos. Aquella retirada del profesor se convertía en victoria para ella. En todas las ventanas miraban curiosos; algunos entonaban la *Marsellesa*; otros proponían ir á casa de Béranger.

—¡A casa de Laffite. A casa de Chateaubriand!

—¡A casa de Voltaire!— ahulló el joven de los bigotes rubios:

Los municipales trataban de circular, diciendo lo más suavemente que podían:



—Márchense ustedes, señores, márchense, retírense ustedes.

Alguien gritó:

—¡Abajo los machacadores!

Era esta una injuria usual desde los desórdenes del mes de Septiembre. Todos la repitieron. Chicheaban, silbaban á los guardias de orden público; empezaron á palidecer; uno de ellos no resistió más, y divisando á un jovencillo que se acercaba demasiado, riéndosele en las narices, le empujó con tal rudeza que le dejó caer cinco pasos más allá, de espaldas delante de una taberna. Todos se apartaron; pero casi al pronto rodó á su vez, aplastado por una especié de Hércules, cuya cabellera que parecía un paquete de estopas, se escapaba de una gorra de hule.

Detenido hacía algunos minutos en la esquina de la calle de Santiago, había soltado prontamente una caja grande que llevaba, para asaltar al municipal, al cual tenía tirado debajo, destrozando su cara á puñetazos. Los otros guardias acudieron, pero el terrible muchacho era tan fuerte, que se necesitaron cuatro por lo menos, para domarle.

Dos le sacudían por el cuello, otros dos le tiraban de los brazos, un quinto le daba con la rodilla golpes en los riñones, y todos le llamaban bandido, asesino, revoltoso. El pecho

desnudo y el traje hecho girones protestaba de su inocencia; no había podido ver con sangre fría que pegaran á un niño.

—Me llamo Dussardier, en casa de los señores Valinçart hermanos, encajes y novedades, calle de Cléry. ¿Dónde está mi caja? ¡Quiero mi caja!

Y repetía:

—Dussardier... calle de Cléry. ¡Mi caja!

Apaciguóse, sin embargo, y estóicamente se dejó conducir hácia el punto de la calle Descartes. Una oleada de gente le siguió. Federico y el joven de los bigotes marchaban inmediatamente detrás, llenos de admiración hacia el dependiente y de indignación contra la violencia del poder.

A medida que adelantaban, la gente iba aclarando. Los municipales, de cuando en cuando, se volvían con aire feroz, y los ruidosos que ya nada tenían que hacer, nada que ver los curiosos, todos desaparecían poco á poco. Algunos traseuntes que se cruzaban con ellos, miraban á Dussardier y se entregaban en voz alta á comentarios ultrajantes. Una vieja, en su puerta, hasta gritaba que había robado un pan; aquella injusticia aumentó la irritación de los dos amigos.

Por fin llegaron al cuerpo de guardia: ya no quedaban más que una veintena de



personas, á quienes bastó la vista de los soldados para que se dispersaran.

Federico y su camarada reclamaron valientemente al que acababan de encerrar en la prisión. El centinela les amenazó, si insistían con meterlos á ellos también. Preguntaron por el jefe del puesto y dieron su nombre con su condición de estudiantes de Derecho, afirmando que el prisionero era su condiscípulo.

Les hicieron entrar en una pieza completamente desnuda, en la que había cuatro bancos contra las paredes de yeso, ahumadas. En el fondo se abría la ventanilla. Entonces apareció la robusta fisonomía de Dussardier, que, en el desarreglo de su pelo, con sus ojos pequeños y francos y su nariz cuadrada por la punta, recordaba confusamente la figura de un buen perro.

—¿No nos reconoces?—dijo Hussonnet.—Este era el nombre del joven de los bigotes.

—Pero...—balbuceó Dussardier.

—No te hagas más el tonto—replicó el otro—saben que eres como nosotros, alumno de Derecho.

Apesar de sus guiños, Dussardier nada adivinaba. Pareció reflexionar y preguntó de repente:

—¿Han encontrado mi caja?

Federico alzó los ojos, desalentado. Hussonnet replicó:

—¡Ah! ¿la caja donde metes los apuntes del curso? Sí, sí, tranquilízate.

Y repetían sus pantomimas. Dussardier comprendió por fin, que venían para servirle, y se calló, temiendo comprometerles. Además, sentía una especie de vergüenza, viéndose elevado al rango social de estudiante y al igual de aquellos jóvenes que tenían unas manos tan blancas.

—¿Quieres que se diga algo á alguien?—preguntó Federico.

—No, gracias; á nadie.

—Pero ¿tu familia?

Bajó él su cabeza sin responder; el pobre muchacho era bastardo.

Los dos amigos se admiraban de su silencio.

—¿Tienes con qué fumar?—replicó Federico.

El se tocó, y sacó del fondo de su bolsillo los restos de una pipa; una hermosa pipa de espuma de mar, con un cañón de madera negra, tapa de plata y boquilla de ámbar.

Hacía tres años que trabajaba para hacer de ella una obra maestra; había tenido cuidado de tener el recipiente constantemente metido en una gamuza, de fumar lo más despacio posible en ella, sin ponerla jamás sobre mármol, y colgándola todas las noches á la cabecera de la cama. Ahora sacudía sus pedazos en su mano,



cuyas uñas sangraban, y con la barba sobre el pecho, fijas las pupilas, con la boca abierta, contemplaba aquellas ruinas de su alegría con mirada de indecible tristeza.

—Si le diéramos cigarros, ¿eh?—dijo muy bajo Hussonnet, haciendo ademán de buscarlos.

Federico había ya colocado al borde del ventanillo su petaca llena.

—Toma. ¡Adios, buena suerte!

Dussardier se arrojó sobre las dos manos que le tendían; las estrechó frenéticamente, con la voz mezclada de sollozos.

—¡Cómo!... ¿á mí... á mí?

Los dos amigos escaparon á su gratitud, salieron y fueron á almorzar juntos al café Ta-bourey, delante del Luxemburgo.

Mientras cortaban el beefsteak, Hussonnet contó á su compañero que trabajaba en periódicos de modas y fabricaba reclamos para el «Arte industrial».

—Casa de Jacobo Arnoux—dijo Federico.

—¿Le conoce Vd.?

—Sí, no... Es decir, le he visto, le he encontrado.

Y preguntó negligentemente á Hussonnet si veía algunas veces á su mujer.

—De cuando en cuando —respondió el bohemio.

Federico no se atrevió á continuar las preguntas; aquel hombre acababa de tomar un lugar desmesurado en su vida; pagó la cuenta del almuerzo, sin que por parte del otro hubiese protesta alguna. La simpatía era mutua; cambiaron sus señas, y Hussonnet instó cordialmente á acompañarle hasta la calle de Fleurus.

Hallábanse en el centro del jardín cuando el empleado de Arnoux, conteniendo su aliento, dió á su cara un gesto abominable y se puso á hacer el gallo. Entonces, todos los gallos que había en los alrededores le respondieron por quiquiriquis prolongados.

—Es una señal—dijo Hussonnet.

Se detuvieron cerca del teatro Bobino, delante de una casa á la que se entraba por una alameda. En la ventanilla de un granero, entre capuchinas y guisantes de olor, se presentó una mujer joven, con la cabeza descubierta, en corse y apoyando ambos brazos contra el borde del canalón.

—Buenos días, angel mío; buenos días—dijo Hussonnet, enviándola besos.

Abrió la verja de madera de un puntapié y entró.

Federico le esperó toda la semana, sin atreverse á ir á su casa, para no manifestarse impaciente para que le devolviera el almuerzo; pero le buscó por todo el barrio latino. Le en-



contró una noche y le llevó á su cuarto, muelle Napoleón.

La conversación fué larga y expansiva. Hussonnet ambicionaba la gloria y los beneficios del teatro. Colaboró en zarzuelas no admitidas, tenía muchos planes, hacía canciones, de las cuales cantó algunas. Después, viendo en el estante un volumen de Hugo y otro de Lamartine, se esplayó en sarcasmos contra la escuela romántica. Aquellos poetas carecían de buen sentido y de corrección, y no eran franceses, sobre todo. El se vanagloriaba de saber el idioma y escogía las frases más bellas con aquella serenidad indigesta, aquel gusto académico que distingue á las personas de humor retozón cuando tratan de arte serio.

Federico se sintió mortificado en sus predilecciones; tenía deseos de romper. ¿Por qué no arriesgar inmediatamente la palabra de que dependía su felicidad? y preguntó al joven literato si podía presentarle en la casa de Arnoux.

La cosa era fácil, y se convinieron para el día siguiente.

Hussonnet faltó á la cita y á otras tres más. Un sábado, hacia las cuatro, pareció; pero aprovechándose del coche, se detuvo primero en el teatro Francés para recoger un billete de palco; bajó á casa de un sastre, á casa de una costurera; escribió cartas en las porterías. Por

fin llegaron al bulevar Montmartre. Federico atravesó la tienda y subió la escalera. Arnoux le reconoció en el espejo colocado delante de su escritorio, y sin dejar de escribir le alargó la mano por encima del hombro.

Cinco ó seis personas, de pie, llenaban la estrecha habitación, á que daba luz una sola ventana que abría al patio; un canapé de damasco de lana oscuro ocupaba el fondo del interior de una alcoba, entre dos reposteros de tela parecida. Sobre la chimenea, cubierta de legajos, había una Venus de bronce y dos candelabros con bugías color de rosa, paralelamente, á los lados. A la derecha, cerca de un armario de papeles, leía el periódico un hombre sentado en una butaca, con el sombrero puesto. Las paredes no se veían con las estampas y los cuadros, preciosos grabados ó bocetos de maestros contemporáneos, con dedicatorias que demostraban el más sincero afecto hacia Jacobo Arnoux.

—¿Usted siempre bien?—dijo volviéndose á Federico.

Y sin esperar su respuesta, preguntó en voz baja á Hussonnet:

—¿Cómo se llama su amigo de Vd.?

Y añadió en voz alta:

—Tomen ustedes un cigarro de la caja que está en el armario.



«El Arte industrial», situado en punto céntrico de París, era lugar cómodo de cita, terreno neutral en que se codeaban familiarmente las rivalidades.

Aquel día estaban allí, Anténor Braive, el retratista de los reyes; Julio Burrieu, que empezaba á popularizar con sus dibujos las guerras de Argelia; el caricaturista Sombaz, el escultor Vourdat, otros más, y ninguno correspondía á los prejuicios del estudiante. Sus maneras eran sencillas, sus conversaciones libres. El místico Lovarias refirió un cuento obscuro, y el inventor del paisaje oriental, el famoso Dittmer, llevaba una camisola de punto debajo del chaleco, y tomó el ómnibus al irse.

Primero se habló de una tal Apolonia, antiguo modelo, que Burrieu pretendía haber visto en el bulevar, en un coche *dau mont* Hussonnet explicó la metamórfosis por la serie de sus protectores.

—¿Cómo conoce este pícaro á las chicas de París!—dijo Arnoux.

—Después de Vd., si quedan, señor—replicó el bohemio, con un saludo militar para imitar al granadero que ofreció su frasco á Napoleón.

Luego se discutieron algunos lienzos para los cuales había servido la cabeza de Apolonia; se criticó á los colegas ausentes; se admiraban

los precios de sus obras, y todos se lamentaban de no ganar lo bastante, cuando entró un hombre de estatura mediana, abrochado con un solo botón, los ojos vivos, el aire un tanto alocado.

—¡Valiente montón de burgueses están ustedes!—dijo—¿Qué importará nada de eso? Los antiguos que confeccionaban obras maestras, no se preocupaban del millón. Corregio, Murillo...

—Añadan ustedes á Pellerin—dijo Sombaz.

Pero, sin recoger el epigrama, continuó discutiendo con tanta vehemencia, que Arnoux se vió obligado á repetirle por dos veces:

—Mi mujer le necesita á Vd. el jueves. No lo olvide.

Aquella frase llevó el pensamiento de Federico á la señora de Arnoux. Indudablemente se entraba en sus habitaciones por el gabinete del diván. Arnoux para tomar un pañuelo acababa de abrirlo, y Federico vió en el fondo un lavabo. Pero una especie de gruñido salió del rincón de la chimenea; era el personaje que leía su periódico en la butaca. Tenía cinco piés nueve pulgadas, con los párpados algo caídos, el pelo gris, el aire majestuoso y se llamaba Regimbart.

—¿Qué es eso, ciudadano?—dijo Arnoux.

—Una canallada más del Gobierno.



Tratábase de la destitución de un maestro de escuela; Pellerin volvió á su paralelo entre Miguel Angel y Shakespeare.

Dittmer se marchó. Arnoux le detuvo para ponerle en la mano dos billetes de banco. Entonces, Hussonnet, creyendo el momento favorable, dijo:

—¿No podrá Vd. adelantarme, mi querido principal?...

Pero Arnoux había vuelto á sentarse y cuchicheaba con un viejo de aspecto sórdido, y gafas azules.

—¡Ahl tiene Vd. gracia, padre Isaac. Llevamos tres obras desacreditadas, perdidas. Todo el mundo se fija; ya las conocen. ¿Qué quiere usted que yo le haga? Será preciso que las envíe á California... al diablo. Calle usted.

La especialidad de aquel buen hombre consistía en poner debajo de aquellos cuadros firmas de maestros antiguos. Arnoux rehusaba pagarle, y le despidió brutalmente. Después, cambiando de maneras, saludó á un caballero condecorado, retirado, con patillas y corbata blanca.

El codo sobre la falleba de la ventana, le habló mucho tiempo, con aire meloso; por fin, exclamó:

—No me apura el no tener corredores, señor conde.

El caballero se resignó; Arnoux le pagó seiscientas pesetas, y cuando se fué, dijo:

—¡Qué pesados son estos grandes señores!

—Todos miserables—murmuró Regimbart.

A medida que la hora avanzaba, redoblaban las ocupaciones de Arnoux; clasificaba los artículos, abría las cartas, alineaba las cuentas; al ruido del martillo, en el almacén, salía para vigilar los embalajes, después volvía á su tarea, y sin dejar de correr la pluma por el papel, alternaba en las bromas. A la noche debía comer en casa de su abogado y al día siguiente se marchaba á Bélgica.

Los otros hablaban de las cosas del día; el retrato de Chérubini, el hemicycle de las Bellas Artes, la próxima Exposición. Pellerin declamaba violentamente contra el Instituto. Los chismes, las discusiones le cansaban, y la habitación, baja de techo, estaba tan llena, que nadie podía moverse, y la luz de las bugías rosa pasaba por el humo de los cigarros como rayos de sol por la bruma.

La puerta de junto al diván se abrió, y una mujer alta y delgada entró, con gestos bruscos, que hacían sonar sobre su vestido, de tafetán negro, todos los dijes de su reloj.

Aquella era la mujer vista el último verano en el Palais-Royal. Algunos la llamaban por su nombre y estrecharon su mano. Husson-



net arrancó, por fin, unas cincuenta pesetas. El reló dió las siete: todos se retiraron.

Arnoux dijo á Pellerin que se quedara, y llevó á la señorita Vatnaz al gabinete.

Federico no oyó sus palabras, porque cuchicheaban. Sin embargo, la voz femenina se alzó:

—Desde hace seis meses el negocio está hecho, y yo espero siempre.

Hubo un prolongado silencio y la señorita Vatnaz se presentó. Arnoux le había prometido algo nuevamente.

—¡Oh! más adelante, veremos.

—Adios, hombre feliz—dijo ella yéndose.

Arnoux volvió al gabinete prestamente, dió cosmético á sus bigotes, estiró sus tirantes para arreglar las trabillas, y lavándose las manos dijo:

—Necesitaría dos sobre-puertas á doscientas cincuenta la pieza, género Boucher ¿convenido?

—Sea—dijo el artista.

—Bueno, y no se olvide Vd. de mi mujer.

Federico acompañó á Pellerin hasta lo alto del barrio de Poissonnière y le pidió permiso para ir á verle alguna vez, favor concedido amablemente.

Pellerin leía todas las obras de estética para descubrir la verdadera teoría de lo bello, convencido, cuando lo hubiera encontrado, de que

haría obras maestras. Rodeábase de todos los auxiliares imaginables, dibujos, yesos, modelos, grabados, y buscaba, se mordía, acusaba al tiempo, á sus nervios, á su taller, salía á la calle para encontrar inspiración, se estremecía de haberla cojido, luego abandonaba su obra, y soñaba otra que debía ser más bella. Atormentado así por ansias de gloria y perdiendo sus días en discusiones, creyendo en mil necedades, en los sistemas, en los críticos, en la importancia de un reglamento ó de una reforma en materia de arte, él no había, á los cincuenta años producido más que bocetos. Su fuerte orgullo le impedía sufrir desaliento alguno, pero se hallaba siempre irritado, y en aquella exaltación á la vez ficticia y natural que son el fondo de los cínicos.

Véanse, al entrar en su casa, dos grandes cuadros, cuyos primeros tonos, acá y allá, daban al lienzo manchones oscuros, rojos y azules. Una red de líneas de yeso se extendía por encima, como las mallas, veinte veces atadas de una red de pescar; era hasta imposible comprender nada de aquello. Pellerin explicó el asunto de las dos composiciones indicando con el pulgar las partes que faltaban. La una debía representar *la demencia de Nabucodonosor*, la otra *el incendio de Roma por Nerón*. Federico las admiró.



Y admiró figuras desnudas de mujeres desmelenadas; paisajes, en que los troncos de árbol torcidos por la tempestad abundaban, y sobre todo caprichos de pluma, recuerdos de Callot, de Rembrandt ó de Goya, cuyos modelos no conocía. Pellerin no estimaba ya aquellos trabajos de su juventud; ahora estaba por el gran estilo; dogmatizó sobre Fídias y Winckelmann, elocuentemente.

Las cosas á su alrededor reforzaban la potencia de su palabra; veíanse una cabeza de muerto sobre un reclinatorio, yataganes, un hábito de monge, que Federico se puso.

Cuando llegaba temprano le sorprendía en su deplorable cama de campaña, que ocultaba un pedazo de tapicería; porque Pellerin se acostaba tarde en razón á frecuentar con asiduidad los teatros. Le servía una vieja guiñaposa, comía en un bodegón y vivía sin amantes. Sus conocimientos, recogidos de cualquier modo, hacían divertidas sus paradojas. Su odio contra lo ordinario y lo burgués desbordaba en sarcasmos de un lirismo soberbio, y tenía por los maestros tal religión, que por ella subía hasta ellos.

¿Pero por qué no hablaba jamás de la señora de Arnoux? En cuanto á su marido, unas veces le llamaba buen muchacho, otras charlatán. Federico esperaba sus confidencias.

Un día, hojeando uno de sus cartones, encontró en el retrato de una bohemía algo de la señorita Vatnaz, y como aquella persona le interesaba quiso conocer su posición. Había sido, creía Pellerin, primero institutriz en provincias; ahora daba lecciones y procuraba escribir en los periodiquillos.

Según sus maneras con Arnoux, podía, según Federico, sospecharse que era su amante.

—¡Bahl tiene otras.

Entonces el joven, volviendo la cara encendida por la vergüenza ante la infamia de su pensamiento, añadía con aire lijero:

—Su mujer le pagará mi duda en igual moneda.

—De ningún modo, es honrada.

Federico tuvo remordimientos, y se mostró más asiduo lector del periódico.

Las letras grandes que componían el nombre de Arnoux en la plancha de mármol de la puerta de la tienda, le parecían singularísimas y llenas de significaciones, como escritura sagrada. La amplia acera pendiente, facilitaba su paso, la puerta giraba casi por sí misma, y el pestillo suave al tacto, tenía la dulzura y como la inteligencia de una mano en la suya. Insensiblemente se hizo tan puntual como Regimbart. Este, todos los días se sentaba junto al fuego, en su butaca, se cojía el *Nácional*, no lo